

DOMINGO DE LA TENTACIÓN.

¿Recordais haber visto en nuestra Academia de Bellas Artes un cuadro que representa la tentación de Jesús? El demonio muestra al hijo de Dios varias bandejas llenas de frutas y de flores y sostenidas por las manos de unos ángeles, que no sé si son hombres ó mujeres, porque los ángeles no tienen sexo. Y parece decirle:—Si me obedeces, si te entregas á mí, te comerás todas esas uvas, todos esos melocotones, todas esas peras!—¿Recordáis haber visto el cuadro aquél? Pues bien, así no fué la tentación de Jesucristo.

Hay otro lienzo—¡vaya si es otro!—que tiene el mismo asunto. Es de Ary Scheffer, y recuerdo haberlo contemplado en un artículo maravilloso de Renan . . . suprimid el adjetivo «maravilloso» por inútil y la frase no perderá nada de su fuerza: en un artículo de Renan. El demonio allí es hermoso—¡Por qué hemos de hacerlo feo, cuando Dios lo hizo bello? ¿por qué hemos de ponerle cuernos, si no somos sus mujeres? ¿por qué hemos de imaginarlo repugnante, si á todos, por desgracia, nos simpatiza tanto?—y en actitud gallarda, altivo ofrece á Jesús el señorío y dominio de la tierra. Dan ganas de decirle:—te estás equivocando; ese humilde esenio puede más que tú; ese es Dios.—Y dan ganas también de decir á Jesús:—aquí ya no eres Jehová, que eres Jesús; desengaña á ese truhan buen mozo y perdónalo, porque hace ya muchos años que sois enemigos!

La tentación, en ese cuadro, es seductora: ¡así han de ser las verdaderas tentaciones! La de la serpiente en el Paraíso fué muy tonta. ¿Qué ofrecía la serpiente? Lo que ofrece cualquiera india en cualquiera esquina: ¡una manzana! Por honra de Adán y por honor de Eva, puesto que somos, al fin, de su familia, quiero creer que esto de la manzana solo es símbolo y que la serpiente, en realidad, es ofreció otra cosa. Es más, quiero creer que no hubo tal serpien-

te, porque las serpientes no pueden haber sido hechas por Dios ni haber estado en el Paraíso; y las mujeres desde la primera hasta la última, fueron, son y serán, incapaces de entrar en conferencia con animales semejantes.

De por sí, la tentación es hermosa. Leed la «Tentación de San Antonio» escrita por Flaubert. ¿Cómo pudo resistir aquel Santo? Ya era cosa de decirle á Dios: —Siempre mejor no voy al cielo! — Pero, como era santo, no lo dijo, é hizo bien.

La tentación es bella, señoritas, y no solo despliega sus encantos para seducir á las que pueden perder á toda la humanidad, como Eva; no solo habla en la cima de una montaña; á cada paso, en cualquier mostrador, ya ofreciendo un sombrero, ya un vestido, ya una joya, habla al oído. En el poema de Goëthe, la tentación es un cofrecito con alhajas. Fausto, para vencer á Margarita, no necesitó la intervención del diablo que le acompañaba: bastábale el dinero que el mismo diablo le había dado. Esto, á mi juicio, constituye uno de los defectos de la heroína. Margarita no se enamora de Fausto por su bravura, como Desdémona de Otelo; ni por irresistible simpatía como Julieta de Romeo; ni por su genio, ni por su ciencia, ni por su belleza, sino por sus joyas. Fausto se vende al diablo y compra á Margarita. Y por eso ni Fausto ni Margarita son simpáticos. ¡No son simpáticos y por eso, tal vez, son tan humanos!

La tentación, desde los tiempos más antiguos, ha enamorado á la mujer con las ojeadas de la moneda de oro y con los rayos de las piedras preciosas. Júpiter, para poseer á Dánae, se convirtió en lluvia de oro. Los enemigos del alma son tres: no sé cuántos son los enemigos de la mujer, pero uno de ellos, señoras y señoritas, es el diamante.

Yo no tengo motivo alguno de disgusto con esta piedra, acaso porque no la conozco íntimamente, sino de vista nada más; pero cuando pienso en los males que ha causado, no puedo menos que condenarla. Ya Shakespeare había dicho: «El oro y los dones brillantes tienen una elocuencia muda que mueve el corazón de la mujer, muy más que los discursos más hermosos».

Para poseer honradamente ese pedazo de carbón ennoblecido por la luz, la mujer aspira á atrapar un marido rico. Los perjuicios que ocasiona el caer en esta tentación, serán, señoras y señoritas, el tema de mi discurso.

Desde luego debemos entendernos respecto á la palabra marido. Un marido viejo no es un marido. Hablo, pues, de los jóvenes, y entre éstos aseguro que hay, en México, muy pocos ricos. Se puede conseguir un novio hijo de padres ricos, pero un novio que sea rico es muy difícil de obtener. Es necesario importarlo. Los pocos que hay tienen mucha demanda en el extranjero, y sus familias los exportan para casarlos en Europa con la depreciación necesaria. Los padres acaudalados les mantienen á sus hijos varios caballos, un cochero, diversos vicios, la ignorancia y alguna enfermedad. Estos hijos tienen muchas necesidades artificiales, lo que equivale á tener mucha familia, á ser pobres. Aquí el dinero se va acabando como se acaba el arbolado de los montes, porque cortan árboles para áurmites ó para leña, y nada siembran. La progresión descendente es esta: Bisabuelo, millonario; abuelo, rico; padre, acomodado; hijo, pobre; nieto, limosnero. No creáis, por consiguiente, que haya ricos. Esa es una voz que hacemos circular para que nos presten dinero en Berlín. Aquí hay algunos que fueron ricos, otros que van á ser ricos, pocos que parecen ricos; pero ricos no hay. Se trata de construir un ferrocarril, y lo construyen los ingleses ó los americanos; se trata de establecer una industria, y la establecen los españoles; se vende algo, y lo venden los franceses; pide el gobierno dinero prestado, y se lo prestan los alemanes. En México hay casas, hay haciendas, hay libranzas; pero no hay dinero. El dinero de México está en las minas. De allá lo sacaremos, en bajando, pero no tenemos todavía para comprar la escalera.

Llamaremos, pues, rico á un joven que tenga caballo, por la misma razón con que podríamos llamarle caballero. Este joven no sabe trabajar, porque nos ha quedado inveterada la hidalguía española y los hidalgos no trabajaban. Todo oficio, menos el de usurero, está aquí muy mal visto. En la misma clase media se siente invencible repugnancia á toda ocupación manual. Los pobres hacen versos; los ricos se hacen pantalones; pero hacer zapatos, hacer velas, hacer cerillos, es cosa de plebeyos y pecheros. De la nobleza, que nunca tuvimos, nos ha quedado la ociosidad. Investigad el origen de los mayores capitales mexicanos: es el agio ó el contrabando, con excepción de los que derivan de las minas ó del juego. No hay, pues, muchos ricos que puedan vanagloriarse de sus ascendientes. Pero, á pesar de eso, se consideran nobles, y como tales nobles, no trabajan. El pobre piensa hacer á su hijo abogado, ó médico, ó ingeniero; pero nunca sastre, ni panadero, ni boticario. Si

el muchacho no sirve para el estudio y en el examen lo reprueban, se hace literato.

El rico no piensa hacer nada de sus hijos. Antes hacían á uno mayorazgo, á otro militar y á otro sacerdote. Ahora á todos los dedican al vicio. No quieren que sigan una carrera, porque en las escuelas del Estado se corrompen. Entre la escuela y la cantina optan por la cantina. Prefieren que pierdan el honor en un garito, á que pierdan la creencia de que San Pascual Bailón anuncia con tres toques la hora de la muerte.

El joven rico, en consecuencia, es un hombre que se va á comer los huesos que dejó en el plato el padre, al levantarse de la mesa. Como no sabe hacer nada, su caudal se extingue. Por el instinto de la propia conservación, busca para esposa á una heredera. Y gracias á estos injertos, tenemos todavía familias acomodadas en México! Suele acaecer, no obstante, que uno de estos señores que tienen caballo y cuenta ilíquida en la sastrería, se case con una pobre. Este es el bizarro paladín, el joven príncipe, en que sueñan ustedes ¡oh hermosas dormidas! La mujer entonces entra á la misma categoría que ocupa el caballo: los padres de su esposo la mantienen. Ella es siempre la desdeñada. Tiene que tratar poco á su familia, porque ésta hace mala figura en la casa de su marido. Tiene que ser mala, porque forzosamente deseará que mueran sus suegros, para ser ella algo por sí misma. El marido juega, y sus padres que no supieron educarlo, le echan á ella en cara que no haya podido corregirlo. Siempre es la advenediza, la postiza en la casa, la agraciada, la favorecida. Suele tener brillantes en el cuello; pero tiene también muchas lágrimas en los ojos. No tiene; le dan. No vive; le prestan la vida y se la cobran diariamente.

¡Señoras que me oís, decid si esto no es cierto á todas las señoritas que me escuchan!

Se me preguntará si quiero que todos los matrimonios sean los de *june chaumière et ton cœur!* en francés, y los de «contigo pan y cebolla» en España. ¡No, tampoco! Los matrimonios los debe hacer el amor: á unos les hace bien y á otros les hace mal; pero él debe hacerlos. Os aconsejo, sin embargo, que no os caséis con un pobre de solemnidad. El amor come, el amor se viste. Los hambrientos y los desnudos se mueren. La miseria es una puerta muy grande, por ella entran el tedio, el deshonor, el crimen. Exigid á vuestros maridos mucho amor; pero también un poco de dinero. No crean ustedes: este es un personaje indispensable; es el apuntador, y si él no habla, se le puede olvidar á la esposa su papel.

Pero no busquéis, señoritas mías, una canastilla de boda, sino un esposo que sepa amaros y que pueda manteneros. No os unáis á un hombre que se crea superior en rango y casta á vosotras, ó cuya familia, al menos, piense así. Si sois ricas, tampoco os caséis con un

pobre, á menos que lo améis inmensamente y él os ame lo mismo y estéis ciertas de que lo preferiréis á todo. Un pobre puede dejaros con lo que llamaba la madre de los Gracos sus mejores joyas, con los hijos, y llevarse las peores joyas: los brillantes.

Lo que os encarezco es que no busquéis el diamante: esperadlo. Cuando cae naturalmente, como el rocío en el pétalo, es hermoso y es bueno.

Hablo ante un auditorio distinguido, de cuya religiosidad y buena conciencia tengo muestras evidentes, y por eso creo inútil el decirlos que no busquéis el diamante por otros caminos. Pero siempre, señoritas. . . no lo busquéis.

SEMANA DEL HIJO PRÓDIGO.

No fué, en verdad, lastimosa la vida del hijo pródigo, cuyas aventuras nos refiere el Evangelio, porque si bien es cierto que hubo de sufrir serios apuros y de pasar por lances apretados, también lo es que antes de estos merecidos infortunios se regaló á cuerpo de rey, y que después de ellos consiguió el perdón de su padre, y anejó á éste la paterna hacienda. Guardad, pues, vuestras lágrimas para derramarlas por más justa causa, tanto por lo que llevo dicho, cuanto porque el hijo pródigo no existió y solo figura en el nuevo testamento como personaje de parábola, esto es, de ficción romanesca que entrañe alguna advertencia moral ó alguna enseñanza religiosa. El hijo pródigo es la humanidad que en los tiempos prósperos se descarría y olvida de Dios, y en los adversos torna al redil, impetra la clemencia del Señor y la consigue. Bueno será, á pesar de todo, que no fiéis mucho de esa piedad suprema, dándoos, mientras la sangre os hierva, á vida alegre, con el propósito de arrepentiros en la vejez, porque pudiera acaecer que declararan en suspenso la parábola, privándoos de las garantías libérrimas que otorga al ciudadano, y vuestra conducta en todo caso sería siempre dañosa para la sociedad honesta, que prefiere no cometer delitos á llorarlos después de cometerlos. No porque San Dímás fué ladrón queráis serlo vosotras; ni porque la Magdalena amó mucho, améis demasiado, señoras mías; ni porque el hijo pródigo anduvo á salto de mata, haciendo fechorías, imitéis su vida truhanesca, esperanzadas en la misericordia de Dios. Estos fueron casos raros que no ocurren todos los días, y la regla general, la que casi siempre está vigente, es la de que «quien mal anda, mal acaba.»

Cumpliendo mi propósito de aplicar el Evangelio á las necesidades de la vida moderna y de la industria, voy ahora á hablaros de la prodigalidad y de los hijos pródigos.

* * *

La prodigalidad es para nosotros como las enfermedades son para los médicos: malas cuando las tienen ellos, buenas cuando las tienen otros. Ser pródigo es un defecto y una recomendación. El manirroto que despilfarra su dinero se queda sin él, pero el agraciado que lo recibe aumenta su caudal. De modo que nos conviene que los demás sean pródigos, siendo nosotros económicos. La prodigalidad, por otra parte, ha merecido honores de la canonización. ¿Qué es la caridad, sino una prodigalidad santa? ¿Qué fueron San Vicente de Paul, San Juan de Dios y tantos otros, sino grandes pródigos en beneficio de la humanidad? La prodigalidad en consecuencia, no es un delito en sí: lo pecaminoso es el emplearla malamente. La prueba es que, en el Evangelio el hijo pródigo aparece perdonado y el avaro en los infiernos, porque la avaricia es pecado estéril que no redunde en provecho de nadie, é indicio inequívoco de ceguedad de corazón. Jesús dijo á un joven rico: «dá todo lo que tienes y sígueme,» ordenándole así bienhechora y santa prodigalidad. No me cansaré, pues, de repetiros que en ese sentido seáis pródigos, porque buena falta nos estáis haciendo. Hubo, antaño, generosos ricos, homes que fundaban hospicios, hospitales; construían fábricas suntuosas destinadas á escuelas y colegios; daban trabajo ó pan á los menesterosos; y ogaño, los ricos homes envían á sus hijos á las escuelas del Estado ó no los mandan á ninguna; protegen á la mujer desvalida, comprándole por una bicoca sus pulmones y su sangre, gastados en la costura, para enriquecerse con el producto de ella; protegen el comercio y la industria prestando dinero con excesiva usura, y en cuanto á proteger las bellas artes se limitan á tomar una subscripción de la «Moda Elegante,» para la señora de la casa, á pagar malamente á un mal pintor algún pésimo retrato al óleo, y á abonarse al teatro, en el primer abono nada más, cuando viene alguna compañía de ópera. Esto no impide que, de cuando en cuando, se haga lenguas la prensa para loar y enaltecer el nombre de tal ó cual millonario magnánimo que tuvo la abnegación de gastarse cien duros por una sola vez, en comprar unas cuantas sábanas para regalarlas al Hospicio. Y cuenta que no hablo de ciertas otras caridades interesadas, caridades de contrato, de «te doy para que des,» que también tienen resonancia en los periódicos. Lo peregrino es que, tras de ser avaros, gozan esos señores, entre los estultos, cuando menos, que son muchos, fama de generosos y caritativos. La única explicación que encuentro á esos ditirambos de la prensa, es que, siendo ocurrencia extraordinaria la de que un rico

dé algo de su peculio al indigente, hay que echar las campanas á vuelo cuando el prodigio se realiza. Porque está probado que en México los pobres, los que nada tienen, son los que dan más. Se trata de una de esas fiestas que llaman de caridad, no sé por qué, y las señoras ricas son las que piden y los hombres pobres somos los que damos. Debía ser al revés, pero no lo es. Por de contado que exceptúo de mi censura á algunas personas ricas, de esas que no tienen «Diario Oficial,» ni gacetillero de cámara, ni pregonero de virtudes, que hacen el bien por el bien mismo. Pero esto no quita que aquí los pobres sean los más caritativos, y que, como los recursos de estos son exiguos y como los ricos viven apegados á su tesoro, se vea el gobierno obligado á ser muy pródigo, para que los pobres no ladren de hambre ni los enfermos mueran en el quicio de cualquiera puerta, y para que los niños se instruyan, y para que haya ejército de empleados que mantenga el comercio, la industria y las bellas artes.

¡Sed pródigos, pues, ¡oh millonarios! para que los pobres podamos ser lo mismo!

Y aquí entraré en consideraciones de otro linaje. Así como el rico en México es sobrado avaro, el pobre es extremadamente pródigo. Parece que todos llevamos en la bolsa muchos billetes de banco expedidos por la Providencia, y que creemos cobrar al día siguiente. *Mañana*. . . ese es nuestro cajero. ¿Y quién es *mañana*? Cuando va uno á buscarlo siempre es *hoy*, *mañana* nunca tiene dinero, *mañana* es un tramposo que se esconde de sus acreedores. . . oh, *mañana* no existe! Se enfada uno con él cuando acudimos, sin hallarle, á una cita que él no nos dió. Pero esta es injusticia soberana: *mañana* cumple los compromisos que contrae, *mañana* paga sus deudas; *mañana* existe para el trabajo, para el ahorro, para la previsión, para el prudente, para el laborioso, para el entendido. Pero *mañana* no es un cajero universal como queremos que lo sea, y no cubre sino los libramientos de aquellas personas que le dieron sus fondos en depósito.

El artesano, por ejemplo, cobra el sábado en la noche su jornal, y el domingo lo gasta íntegro en los toros, diciendo para sus adentros: «¡ya mañana veremos!» ¿Qué ha de ver? Que mañana no paga boletos de sol para corridas de toros, que *mañana* es *hoy* y, más todavía, que es peor que *hoy*. ¿En qué confiaba ese artesano? Pues confiaba en lo que confía una buena parte de los mexicanos pobres, en el milagro. Por esta misma confianza en lo sobrenatural, por este misticismo exaltado de un pueblo que siempre está esperando al cuervo que ha de traerle el alimento en el pico, son perjudiciales las loterías. Notad con cuánto desenfado gasta el hombre que lleva en su cartera un billete de lotería. Si al desvestirse hecha de ver que se quedó sin un centavo, no se apura, y dejando sobre el buró su

billete de lotería, dice con mucho aplomo: —mañana temprano mandaré cambiar este billete de seiscientos pesos. — De modo que no solamente malgastó, al comprar ese entero de á dos reales, un vigésimo de botines para él, sino que al adquirirlo, tomó también un enervante del trabajo y un excitante de la prodigalidad.

Aquí el empleado gasta en una semana su quincena y la tercera parte de la otra, que empeña, para equilibrar su presupuesto, á un usurero. A medida que nuestros pesos valen menos en Europa, nosotros creemos que valen y duran más. No solo se cree en la inmortalidad del alma, sino en la inmortalidad del peso. Y se giran libranzas y se giran más libranzas contra un señor que ni siquiera nos conoce, contra ese *mañana* fabuloso que jamás está en su casa. La experiencia nos enseña que cuando llueve lo que cae es agua, para indicarnos que debemos comprar paraguas; pero nunca jamás llueve dinero; está probado que solo los ricos se sacan la lotería; que nadie se tropieza con un diamante; que ya todos los parientes ricos que tenían los mexicanos murieron intestados, antes de que nosotros nacióramos; que el que juega, pierde; que no hay herencias; que no hay mecenas; que nadie perdona á sus deudores, por más que rece todos los días el Padre Nuestro; que no hay milagros, que no hay cuervos, que no hay plata; y sin embargo, todos nos conducimos, como si la Providencia, al nacer nosotros, nos hubiera dicho: —¡Gasta, hijo, que yo pago!—

Meditad en el Evangelio del día, que es el que os he explicado, hermanos míos.

¡Sed más pródigos, ¡oh ricos! para no correr la desastrada suerte del avaro que no encontraba en el infierno quien le diera una gota de agua para mitigar su sed!

¡Sed menos despilfarrados, ¡oh pobres! y no creáis en la parábola del hijo pródigo, porque ya se acabaron los padres como el suyo, y para vosotros no hay más padres que «nuestro padre que está en los cielos» y nuestro otro padre Don Francisco Díaz de León, que está en el Asilo de Mendigos!

SEMANA DE LÁZARO.

El Evangelio nos refiere, señoras mías, la resurrección de un buen hombre llamado Lázaro. En este suceso, vosotras representais excelente papel, porque si el Salvador revivió al difunto Lázaro, fué por dar gusto y consolar á sus dos aflijidas hermanas. Podéis, pues, enorgulleceros de haber contribuido á la resurrección de un hombre, ya que de la muerte de tantos otros se os acusa.

El milagro no se ha repetido. A los muertos los entierran sin remisión, y aun á algunos vivos también. Hay, sin embargo, algunos muertos que, por exceso de discreción, no quieren decir que lo están; muertos disfrazados de vivos que logran escapar á la solicitud de los sepultureros, á los tiernos y cariñosos cuidados de los médicos, á las ventajas que para todo difunto, convicto y confeso, ofrece la agencia de inhumaciones. Estos muertos se quedan en la vida chasqueados, como viajeros modernos que llegan al andén cuando ya han partido los wagones; y por ahí andan sin dirección fija, haciendo tiempo que llegue otro tren. Ya no quieren volver á la ciudad, por no exponerse á regresar de nuevo tardíamente; ya se despidieron de todos sus amigos, ya guardaron su ropa en la maleta, y se quedan en la estación horas enteras, aburridos, callados y estorbando.

¿No habéis observado cuánta gente sobra en el mundo? Malthus dijo que sobraría; yo digo que sobra. Hay muchas botellas vacías en esta gran casa de la humanidad; pero las botellas vacías llénanse otra vez con licor nuevo: el hombre, no. Los de mal corazón y buena desvergüenza, confesarán que algunas personas les están sobrando. Los más tímidos y de mejores sentimientos dirán, hasta acaso caritativamente: este señor le está sobrando á este otro. Pero lo indisputable es que muchos sobran, que hay mucha gente inútil y estor-

bosa en este extenso paradero, y que, para una gran parte de ella, el tren de la muerte es como el tren de Laredo, que no se sabe cuando llegará. Ninguno vive tanto como un muerto. Conozco á muchos de quienes hace largos años, lustros, décadas, estoy diciendo con íntimo convencimiento:—¡ya se van!—Y hélos de pie, viendo partir á los que, acaso por más jóvenes y ágiles, les toman la delantera y suben de un salto al tren obscuro y húmedo que va directo á su final destino, sin detenerse nunca, ni jamás desrielarse!

De esos embalsamados, de esas mómias, está llena la mitad del mundo. Cuando se habla de ellos, la frase toma la forma de epitafio: era, se dice, *verbi gratia*, un literato notable; era apuesto, galán, afortunado. Y—¿ahora qué es?—preguntamos nosotros. Pues nada, ya no es nada: ya fué! Se quedó con un centavo de cerebro. Todavía de cuando en cuando quiere escribir y escribe, pero sus artículos producen el mismo efecto que una vieja desnuda. Se vació la botella y ya no sirve sino para que en su cuello coloque el estudiante pobre un cabo de vela. El vino que antes contuvo embriagó á la mujer hermosa, rió en la copa del potentado, fué alegría en el corazón, idea risueña en la mente de los jóvenes. . . . Pero ahora la botella está vacía! ¿Por qué no la arrojan á la basura? Para una botella de Borgoña debe de ser muy penoso y degradante sentir que luego la llenan de *petit-bleu* y en seguida de aguardiente, y después, de alguna medicina que huele mal, y por último, le tapan la boca con un cabo de vela que la gotea de sucio sebo. Y como la botella, es ese hombre. Ya está lleno de una poción de botica: pronto le pondrán entre los labios la vela de los agonizantes.

¡Qué triste debe ser acordarse uno de sí mismo como de persona extraña! ¡Hermosa muerte la del que cae en plena lucha, en plena juventud, en pleno vigor! Ese muere, pero no se siente muerto, se despide, no lo echan! ¡Más hermosa muerte aún la de aquel cuya vida fué transformándose sin perder su decoro, y tuvo estaciones como la naturaleza; la del que brilló primero con luz propia, como el sol, y luego con la luz refleja de sus obras, como la blanca y apacible luna; la del que supo ser joven y ser viejo; la del que se mira revivido y continuado con sus hijos; la del que no huye de la existencia como un prófugo, ni se va de ella arrastrado por la policía como un borracho, sino que se desprende lentamente de la vida, como el esposo de los blancos brazos de su mujer que ya se duerme!

Pero estos infelices á quienes la mala suerte los saqueó y dejó desnudos; estos que llegan á prematura decrepitud sin talento, sin dinero, sin hijos y con vicios; estos que sobreviven á todo lo bueno que tuvieron; estos que no se van porque la enfermedad no quiere soltarlos; estos que para hacerse la ilusión de que viven han menester de darles la vida artificial de la embriaguez; estos que nos piden vergonzantemente una peseta, como si no la pidieran para ellos, sino

para los deudos indigentes de algún amigo que tuvimos, rico, brillante y que murió muy joven; estos que nos ven como diciendo: «¿te acuerdas de él?» estos piden á gritos que la muerte los tenga presentes, que no los olvide como los han olvidado todos; estos sí sobran.

Y, sin embargo, ¡cuán poderoso debe de ser el sentimiento de la propia conservación, cuando vive y no se asfixia ni envenena en este pantano de la vida! Esos enfermos le cobran cariño á su cama de hospital; esos trasnochadores quieren entrar lo más tarde posible á su casa, que es el cementerio: presencian los funerales de su inteligencia, de su dignidad, de su decoro, y no se van con todo eso que era suyo y que los llama, por no separarse de la copa de tequila, de la colilla de cigarro, del grasiento naipe!

Y miles, y millones más, están sobrando en este valle de lágrimas. Pensad en aquel otro: su mujer lo abandonó; sus hijos han desaprendido á quererlo y se han enseñado á despreciarlo; ya no puede ser nada, y cuando ya no se puede ser nada, cuando ya no se va á ninguna parte, lo mejor á que uno puede aspirar es á ser muerto.

Este, deshonra con sus desmanes y escándalos á una familia honrada, aflige á sus padres, y pervierte á sus hijos: está ya muerto para la vida, y sobra. Ese le sobra á su mujer. Aquel está empeñado en ser hombre político porque fué hombre político, y le sobra al gobierno. El de más allá seca y marchita con sus manos enjutas y arrugadas, los verdes laureles que conquistó en la juventud. . . ¡A todos estos que ya no pueden volver á su casa, que ya guardaron toda su ropa en la maleta y que aguardan en la estación, sin hacer nada, llévatelos, Señor! Tú, que resucitaste á Lázaro, acaba de matar á estos otros Lázaros, á estos muertos abandonados por la muerte!

Hay otros, sin embargo, que también están muertos y que sí necesitan de resurrección. Hay botellas vacías que no han servido aún y cuyo cristal terso aguarda el vino generoso que ha de llenarlas. ¿Véis este frasquito? Es de Bohemia: su tapón diminuto es de plata. Ese frasco fué hecho para guardar algún perfume; pero está vacío. Es un niño rico, de buena familia; su padre vive en el club, la mamá en los paseos, en los teatros, en los bailes, ó durmiendo. No vive, porque vivir, para él, ha de ser estar lleno de amor, y está vacío. La madre da primero el cuerpo, y después, beso á beso va derramando el alma gota á gota por los labios del niño. Los brazos no son brazos hasta que no saben cruzarse sobre el pecho. Los ojos no son ojos hasta que no saben ver el cielo. Ese niño está en su cuna como en coqueto ataúd de raso blanco. Si le ha olvidado la madre, ¿cómo la vida no lo ha de olvidar? ¿Véis qué blanco? Parece un cirio apagado de cera intacta. ¡Señor, llena ese pomo transparente de perfume! A ella le diste un hijo: dále á él una madre. ¡Señor, prende una luz en esa vela blanca! ¡Señor, resucita á esos muertecitos que no han vivido todavía y que están en sus cunas aguardando almas!

Abrid el ventanillo del wagón, si vais de viaje. ¿Véis en la puerta de aquella casucha á un muchachillo de cutis atezado, casi desnudo, que casi ladra y casi hopea cuando el tren pasa? La india lo hizo como hace una tortilla y lo echó al canasto. Por ahora sus hermanos, son el perrito, el gallo, el cerdo. No es un frasco de perfume, como el otro; pero sí es una vasija de barro, también vacía. ¡Señor, echa, aunque sea *atole*, en ese jarro! Que se funden muchas escuelas. Allí se llenan estas ollitas trigueñas, de leche pura y sana! ¡Resucita, Señor, á estos muertos tirados en el campo, para que no sean más tarde carne de cañón, ni hueso de presidio, ni abono de la tierra, sino hombres! ¡Entierra á los padres y á los hijos resucita!

Y no solo resucita á estos niños que nacieron muertos: también á los jóvenes, también á los hombres, también á las mujeres, que aun son susceptibles de resurrección, devuélveles la vida. Esta joven que no tiene ideales, que no siente amor, que compra un traje pagándolo con ser esposa, en el sentido brutal de esta palabra, y piensa en adquirir un coche pagándolo con su deshonra, á esta que está muerta, resucítala antes de que sea adúltera, como resucitaste á Magdalena y como resucitaste á la Samaritana. Si es adúltera, máatala ya. A la única mujer á quien no dijiste si la perdonabas, fué á la adúltera!

A todos los que están muertos, porque sus padres no les dieran la vida del espíritu, la vida, en fin, revívelos, Señor. Y el avaro que está muerto, porque yace enterrado en su dinero inmóvil; al que no ama, y está muerto, porque vive sepulto en su egoísmo; á todos esos dormidos que parecen muertos en la sombra y silencio de la noche, despiértalos con el clarín alegre de la Aurora!

Hay muchos jóvenes también á quienes puedes todavía resucitar. Allí miro á uno que ronca ó gruñe, de codos en la mesa de una cantina. ¿Vive. . .? no, porque el borracho es un muerto intermitente. Cada vez que se va á dormir, es que va á morir de una vez; pero la muerte, al sentir el tufo del licor, se echa para atrás y lo deja dormido. Cuando está en su juicio, cuando parece vivo, es que anda prófugo. Es un esclavo que huye escondiéndose, agazapándose en lo más intrincado de la selva, porque le queman y le sangran todavía los latigazos de su amo, el vino. Jura no volver, pero apenas ha dado algunos pasos cuando el tirano lo atrapa, y como en la servidumbre ha perdido las fuerzas, vuelve á echarse, á manera de perro soñoliento, á los pies de su señor. Algunas ideas sobreviven en su cerebro, como náufragos bregando entre olas de alcohol. ¡Qué asoladora inundación! Primero la oleada cubre la memoria; luego la dignidad; en seguida la inteligencia toda; al último, la vida. El hombre cree que bebe la copa, y se engaña, porque la copa lo bebe á él. El la vacía primeramente de un solo trago; pero la copa cobra lo que perdió y el hombre tiene que llenarla con algo de su enten-

dimiento, con algo de su corazón, con algo de su alma. Parece tan estrecho un vaso, ¡y en él, no obstante, se han ahogado tantos hijos, tantas madres, tantas esposas, tantas vidas! Se arroja alcohol al fuego para que éste arda más; y alcohol á la idea para apagarla! El ebrio es muerto, pero si aun no pasan los tres días que Lázaro pasó sin vida, resucítalo! Tal vez todavía es joven; tal vez el dolor lo llevó del brazo y le dijo: «¡ven y olvida!» ¡tal vez las ideas, enflaquecidas y anémicas de ese hombre, gastadas por un exceso de trabajo, no tenían fuerzas ya para salir del cerebro, y era preciso que salieran para que le llevasen á la vuelta el pan de cada día, y entonces el alcohol, que es fuerte y vigoroso, le dijo: — ¡yo te las empujaré! — tal vez, de este naufragio, flotan, salvos aún, en el océano, algunos sentimientos buenos, asidos á una lancha, á una balsa, á un mástil roto. . . si es así, resucítalo, Señor!

A estas resurrecciones milagrosas, podeis ayudarnos mucho, señoras mías, como ayudásteis á la de Lázaro, en figura de Marta y de María. Nada hay que despierte tan pronto, como un beso de amor. La mujer da la vida y puede volverla á dar á los que casi la han perdido. No solo se es madre en los momentos del alumbramiento: se es madre antes y después. Es madre cuando con un rayo de amor crea la mujer sentimientos buenos en el alma de un hombre, y cuando despierta alguna actividad dormida en su ánimo; es madre cuando como la Cordelia del «Rey Lear» sostiene al padre anciano; es madre siempre que es buena y siempre que ama. Por eso, señorita, puede usted, cuando quiera, realizar el prodigio de ser Virgen y Madre, como María de Nazareth.

SEMANA DE DOLORES.

Esta es la semana más triste de la Cuaresma, porque en ella se hace memoria de la aflicción inmensa de una madre. En los altares quedan veladas las imágenes, ó diríase que todos los santos se van al cielo, para acompañar á Jesús en los solemnes días de la pasión, ó que se cubren asustados con un velo para no ver las terribles escenas del Calvario.

Nosotros hemos dado al viernes de Dolores un carácter simpático y alegre. Es el día en que la hostia blanca baja á los labios del niño, y cierra y sella esa cartita, que, cuando el hijo hace su primera comunión, le envían todas las madres á la Virgen; es el día en que la joven se corona de más flores, el día en que el trigo nace, para adorno del altar, como si también fuera otro hijo rubio de María.

Pero ¡qué triste, sin embargo, está la Dolorosa! Yo no hablo de las grandes Dolorosas que ponen en los templos; hablo de la que conozco, de la mía, de la que estaba á la cabecera del lecho en que nací, de aquella cuyas lágrimas ví yo á través de las primeras mías! No la alegran las rojas amapolas, ni las espigas doradas, ni los cirios blancos con sus rosetas de papel picado, ni las aguas de colores, ni las armonías de la orquesta que toca música de Rossini. Para una madre que va á perder á su hijo, no hay consuelo! Y eso que el Hijo de María iba á resucitar, iba á subir al cielo, como que es inmortal, como que es Dios! Pero también iba á sufrir tormentos indecibles, y por eso la Madre acongojábase. También iba á separarse de ella, y como la Virgen era mujer y madre al cabo, no sería extraño que aun sabiendo á ciencia cierta que su hijo era Dios, pensara al verle espirar crucificado:—Si se habrá muerto. . . ! ¡Si ya nunca lo veré! — Puede ser que esta sea una blasfemia; pero yo la digo, á reserva de desdecirme, si el obispo, mi superior jerárquico, me lo ordena. Y lo digo porque todas las madres son medrosas,